

INTERVENCIÓN DEL DOCTOR IVÁN MARULANDA GÓMEZ
SENADOR DE LA REPÚBLICA

Este es un tema como ustedes bien saben, que le permite a cualquiera de nosotros aproximarse a él, desde muchos ángulos y puntos de vista.

Tenemos un problema esencial en el país y es que hemos jerarquizado nuestra mentalidad, nuestra cultura, nuestra manera de actuar, de mirar la vida y de mirar el mundo, en una forma posiblemente muy equivocada y que está muy distante de este escenario de la inteligencia. En Colombia tenemos una cultura de la violencia que compite muy duramente, que tiene apabullada a la pequeña semilla que tenemos de la cultura de la inteligencia. Si miramos cifras muy por encima, Colombia podría tener este año y en los próximos dos años cuatrocientos mil millones de pesos del presupuesto ordinario para la defensa. Esto es lo que le dedican las instituciones al tema. ¿Cuánto le dedican los grupos subversivos a través de los recursos que perciben por la extorsión, por el secuestro, por el robo a los bancos? ¿Cuánto nos cuesta esa cultura de la violencia? ¿Cuánto le estamos invirtiendo a esa cultura de la violencia en comparación con lo que le estamos invirtiendo al descubrimiento del mundo, del ser humano, de la inteligencia y al descubrimiento de formas de vida más civilizadas? ¿Cuánto le estamos gastando en alcohol a la vida? ¿En armas? El Ministro de Defensa decía en estos días en el Senado de la República, que en Colombia existen setecientas sesenta y dos mil cuarenta armas amparadas por el ejército en manos de particulares. ¿Cuántas más hay que no están amparadas por el ejército? ¿Cuánto le gastamos a la violencia en la televisión, en la prensa? Con esto quiero decirles que hay que hacer un esfuerzo gigantesco por cambiarle el orden de importancia a las cosas en esta nación que se está desangrando en lo que no es, que está gastando sus energías en lo que no vale la pena. Por eso me siento muy estimulado —cuando normalmente estamos moviéndonos en esos escenarios escabrosos del orden público y de la tragedia— de estar con ustedes que están dedicándole su tiempo a cosas que posiblemente no vayan ustedes mismos a disfrutar directamente en la vida, pero que tienen una gran trascendencia y una gran importancia para las generaciones del porvenir.

El tema de la ciencia y la tecnología siempre está vinculado al tema del desarrollo. En Colombia tenemos cerca de 10 000 000 de compatriotas que viven en condiciones de pobreza crítica, ese es nuestro problema. Tiene que serlo por mucho tiempo, mientras exista alguien en Colombia que sobreviva en condiciones de marginalidad, de indignidad como las que plantea la pobreza crítica. Me parece que el marco dramático de tantísima indigencia en el país, es el subproducto necesario de esa cultura, de ese orden de prioridades que le hemos dado a nuestros esfuerzos y a nuestras energías en el país. Cuando le hablamos a la gente de que hay que cambiar nuestra manera de actuar, de pensar, de resolver la vida, tenemos que proponerle cosas muy concretas en el plano interno y en el plano externo. Estamos moviéndonos en esta época, en el influjo de fuerzas muy discordantes, muy inconsistentes, muy incoherentes, no tenemos un concierto nacional en función de un porvenir. Por eso le veo un problema al punto de la pobreza absoluta, dentro de la política y es que puede resultarnos ser un tema de muy corto plazo.

En Colombia debemos hacer un esfuerzo muy grande todos los políticos por crearle un escenario de largo plazo al país. El país tiene que saber hacia dónde va, para poder formar nuestros recursos humanos, para poder formular nuestros proyectos específicos para los distintos sectores económicos, para poder desarrollar la nación de una manera consistente y coherente. Esto tiene que estar al margen del debate actual o del debate inmediatista de los partidos, de las tendencias ideológicas. La discusión de corto plazo en la lucha por el poder tiene que ser una discusión que apunte a disputarse cuál es la mejor fórmula temporal para llegar a esas grandes metas de largo plazo. Los que piensen que en un momento determinado la nación necesita una mayor o una menor intervención del Estado, que lo hagan de todas maneras en función de un telón de fondo, que tengamos ya propuestas definidas para el largo plazo. El país no puede seguir dirigiéndose en sentidos distintos cada cuatro años; eso anarquiza nuestro proceso de crecimiento, nuestro desarrollo. Por decir cualquier cosa, el tema que suscita el panorama del Pacífico es un tema de largo plazo; ese es un punto que podría constituirse en el debate de la gente que planifica en Colombia, que tiene que ver con la ciencia, con la tecnología, algo que propone una definición a largo plazo. El tema del comercio exterior, de la consolidación de un establecimiento productivo que tenga posibilidades de volcarse hacia los mercados internacionales o de una estructura de servicios que nos permita traer divisas al país, eso propone fórmulas a largo plazo que nos pueden ir dando coherencia con consistencia a los pasos que damos en el corto plazo en las universidades, cuando definimos el curriculum de las distintas carreras, en los colegios, en las escuelas o lo que hacemos en materia de infraestructura vial, en materia de infraestructura de puertos, en fin todo lo que se hace a

corto plazo si no tiene una meta, un propósito de fondo al margen de la pequeña disputa política y banderiza va a ser un esfuerzo incoherente.

El país necesita afilar su comportamiento interno en función de esa nueva cultura de la inteligencia, para ponernos todos a pensar cómo nos organizamos con lo que tenemos para poder vivir mejor o por lo menos para que las generaciones que vienen puedan vivir mejor. Eso como imperativo, como consigna, tiene no solamente al interior unas metas y unos pasos muy precisos como los que más o menos he esbozado. Hacia fuera también el país vive en una comunidad internacional. La verdad es que estamos muy lejos de esa realidad internacional, el país necesita contactos en el exterior diseñados en función de esa nueva concepción de la vida, de la sociedad, del desarrollo del país. Tenemos que cambiar, por ejemplo, la forma como entendemos nuestro servicio diplomático. Tenemos que saber en dónde se están discutiendo las cosas que nos interesan, y saber cómo llegar allá, qué podemos extraer de esas deliberaciones, de esas experiencias, de la potencialidad que hay en el resto del planeta para ayudar, para ayudarle a los demás pueblos a resolver su desarrollo. El problema en el frente externo no es solamente político, para los diplomáticos, es para los científicos, para los universitarios, para los empresarios. Estamos muy aislados del mundo que nos rodea y no estamos diseñando nuestros pasos inmediatos en función de las realidades exteriores, pero al mismo tiempo tenemos que crear, tenemos que hacer una política internacional.

Nosotros estamos involucrados en una carrera armamentista, absurda para la gente que detesta la guerra, no solamente por las situaciones internas, sino por las situaciones que nos están creando desde el exterior. Eso amerita una reflexión. Estamos gastando energías por culpa de terceras fuerzas, de terceras naciones. Tenemos que tener una agresividad política internacional para ver si encontramos un consenso, por lo menos en el hemisferio —como ocurre en Centroamérica, como está ocurriendo en el caso Venezuela-Colombia—, que nos permita cambiar la jerarquización de nuestros esfuerzos económicos y políticos y podernos dedicar a lo que más vergüenza nos debe dar que es la situación de atraso que estamos confrontando. En el país estamos viendo este año como fruto de muchos elementos económicos, sociales, internacionales, locales, y como fruto también de unas disposiciones legales que se ordenaron al final del año pasado mediante una reforma tributaria, una situación de superávit de gran riqueza en nuestro establecimiento productivo privado. Hoy los balances de las empresas en Colombia son verdaderamente impresionantes, como nunca habían estado las utilidades de las empresas en el pasado. Yo creo que a todos nos tiene que abrigar un temor frente a esa situación y es que todo ese ahorro que es el fruto del esfuerzo económico de

todo el país, no se vaya a dilapidar, a perder, que se pueda sembrar para el progreso del país. Sembrar en el ensanche de empresas, en la ampliación de nuestro establecimiento productivo, en la investigación, en la ciencia y la tecnología para el desarrollo, en la modernización de nuestro establecimiento productivo, en el progreso de ese establecimiento productivo.

Eso como preocupación y como fórmula muy concreta. He pensado, no como una cuestión original mía, sino como fruto de la comparación, porque esto está vigente en algunos lugares muy específicos del mundo desarrollado, que podamos establecer unos estímulos tributarios, para que parte de esa utilidad, de ese ahorro que tienen nuestras empresas, nuestro establecimiento productivo, pueda canalizarse con ciertas facilidades y ciertos atractivos, en combinación con las universidades, hacia la investigación, hacia la ciencia y la tecnología. Se podría tratar de crear una especie de zona franca en terrenos que sean de propiedad de universidades o que adquieran las universidades para este propósito, de tal manera que los centros de investigación que se establezcan allí por parte de los particulares tengan un tipo de estímulo tributario siempre y cuando estén establecidas en terrenos de esas universidades y siempre y cuando utilicen los recursos humanos de las universidades, profesores investigadores, alumnos y al mismo tiempo sirvan y le den acceso a la formación de esos recursos, no solamente utilicen esos recursos para la investigación, sino que hagan una extensión del conocimiento allí acumulado para beneficio de la comunidad científica del país.